

Reseña

Vida y milagros de la crónica en México, de Sara Sefchovich. Oceáno, 2017. 271 pp.

Las fronteras entre el ensayo humanístico y el académico siempre han sido porosas, con todo y sus características diferencias. Además de la típica materia de reflexión –para uno el arte, la literatura, la filosofía, la llamada alta cultura, para el otro, el conocimiento generado desde disciplinas alguna vez parte de un mismo tronco filosófico como la sociología, la psicología, la antropología o las ciencias políticas–, tradicionalmente los ha distinguido su dicción y retórica. Y lo que a uno podía sobrarle de imaginativo, expresivo y “subjettivista” –al basar su capacidad argumentativa en el juicio o la observación personal–, al otro bien podía faltarle de expresividad, pero no de referencialidad, ni de contundencia, al apoyar ideas y argumentos en la propia disciplina científica del especialista ejerciendo de ensayista. De ahí que la zona de contacto entre ambas formas haya ofrecido considerables posibilidades de complementación y su *rapprochement* haya consolidado un nicho editorial y mediático. El ensayo, como género, se ha vuelto imprescindible en tanto sitio de encuentro de culturas y escrituras académicas.

No fueron pocos los artistas y escritores que, en el siglo pasado, colocaron el ensayo humanista en zona de contacto con el académico sobre su conocimiento, superficial o profundo, de alguna disciplina, o de varias. Por ejemplo, es innegable que una corriente nutricia alimentó los ensayos de un Octavio Paz o una Rosario Castellanos desde la historia, la psicología y la antropología del periodo. La misma riqueza expresiva del lenguaje literario se tornaba una especie de recurso explicativo que hacía asequible un tema complejo y/o sugería nuevas perspectivas de investigación. Tales ensayos humanistas mantuvieron vivo ese contacto entre culturas académicas que el interés epistémico en aras de la especialidad había separado, sobre todo a partir del siglo diecinueve, casi como atisbos de los esporádicos encuentros –algunos televisados– entre humanistas y científicos en la segunda mitad del veinte y hasta la combinación de saberes en los estudios interdisciplinarios y culturales, ya en tiempos de concentración administrativa y presupuestal en universidades.

Por su parte, muchas investigadoras científicas han recurrido al ensayo académico en zona de contacto con el humanista, o literario-cultural, para ventilar la discusión intramuros y exponer sus individuales puntos de vista sobre temas de actualidad o los asuntos más diversos. En muchos casos, el resultado es un ensayo de largo alcance o monografía. Haciendo a un lado el placer del texto, y a partir de

un conocimiento sancionado por la institución académica y su consecuente capital simbólico, su exposición suele ordenarse metódicamente con miras a la demostración de una tesis y, sin duda, estar debidamente documentada, aunque puedan flexibilizarse los procedimientos de legitimación y validación usuales en la academia, como la citación y el reconocimiento cabal de fuentes de información. La contribución a la cultura pública de este tipo de ensayos ha sido considerable. Inclusive, algunos investigadores son más conocidos por ellos que por sus muy disciplinados artículos o libros académicos en sentido estricto. Por ejemplo, Zygmunt Bauman, Gilles Lipovetsky o Roger Bartra, solo por mencionar tres académicos que coinciden tanto en disciplina científica –la sociología– como en el hecho de que su escritura más influyente ha sido la vertida en el ensayismo. Al dirigirse a un público lector más amplio, se podría decir que privilegian el valor social del conocimiento buscando, tal vez, un mayor y más inmediato impacto cultural que el logrado a través de los mecanismos de diseminación del conocimiento propios de la investigación científica. Entre los cuales se encuentra, por supuesto, la publicación en revistas científicas o en editoriales universitarias que, por lo regular, tienen una mucho menor circulación. (Y en sociedades en donde el índice de venta de libros –más allá de los escolares–, es bajo o muy bajo, sería un exceso sugerir otro tipo de intereses.)

Por añadidura, hay otras razones sustantivas por la que las investigadoras se pueden sentir atraídas por el ensayo como forma de expresión: su flexibilidad discursiva y su capacidad relacional y condensadora que permite naturalizar el cruce de fronteras disciplinarias y, más aún, generalizar (sin escandalizar a la lectora académica). Es en el ensayo en donde se relacionan conocimientos normalmente separados por los límites y protocolos epistémicos de las disciplinas, a menos que se proponga la interdisciplinariedad como imperativo categórico o punto de partida o llegada de la reflexión. Es gracias a esa capacidad relacional y condensadora del ensayo que se posibilitan los grandes pronunciamientos sintéticos y alegóricos del tipo “la modernidad líquida”, la “hipermodernidad”, la “jaula de la melancolía” y similares dado que, más allá de lo inferencial dentro del marco interpretativo que se plantea, no se hace necesario establecer criterios empíricos de comprobación o refutación.

Viene esto a colación por la publicación del ambicioso ensayo y estudio crítico *Vida y milagros de la crónica en México* de Sara Sefchovich, reconocida socióloga, escritora y columnista, quien a la vez que escribe una historia del género, reflexiona sobre sus particularidades discursivas e identifica a sus practicantes más destacados. El resultado es un ensayo académico que indaga sobre el género y su relevancia cultural, siguiendo su presencia histórica en dicho contexto nacional mediante una acuciosa documentación que incluye más de medio millar de referencias bibliográficas y más de doscientas onomásticas. De hecho, haciendo patente la cualidad híbrida por la que se conoce la crónica en tanto relato literaturizado de acontecimientos factuales pareciera, en su escritura, mimetizar la señera ambigüedad del género, al combinar la metodología y el reconocimiento de fuentes propios del estudio crítico, con la libertad formal e inventiva del ensayo humanista. Esto responde al doble propósito de analizar las

peculiaridades del “género literario más antiguo que surgió y floreció en México” (53) y, a la vez, narrar su decurso histórico por medio de una prosa accesible. Inclusive, para acentuar su profundo enraizamiento local, la autora afirma, coincidiendo con el historiador Miguel León-Portilla, que tanto el *Chilam Balam* como el *Popol Vuh* llevan a cabo funciones de “recordación del pasado”. Se establece, pues, una analogía con la tarea esencial de proto-historiografía desempeñada por la crónica medieval, cuando surge el concepto en Europa. Para explicar la popularidad de la crónica en el país, sugiere varias razones que tienen que ver con una diacronía de la recepción literaria: “el apego a lo concreto e inmediato, por el foco temporal en el presente, y [...] el gusto por el costumbrismo a la mexicana” (70-71).

En relación a esa perspectiva diacrónica, no se había publicado un ensayo con un impulso comparable desde el prólogo de Carlos Monsiváis a su conocida *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México* (1980). Sefchovich retoma la posta y prosigue examinando la producción más reciente, pues el corte monsvasiano se quedaba con el *New Journalism* y la fundación de *Unomásuno* y *Proceso*. Y si bien adopta también la propuesta de Monsiváis, y antes que él Alfonso Reyes, de ver en la crónica una especie de género madre de la literatura mexicana, Sefchovich ofrece una hipótesis complementaria de mayúscula repercusión para la respectiva historia literaria. A saber, si la crónica es el género madre lo es no porque haya influido formalmente en los otros géneros y sus estéticas, o porque estos se hayan desprendido de aquella conforme fueron alcanzando su debida maduración y particularidades discursivas en una especie de hipótesis genética (“en un proceso evolutivo que iría de lo que se escribió hace más de quinientos años hasta la crónica que se escribe hoy” 60), sino porque los otros géneros literarios, aun dentro de su propia especificidad, llevaron a cabo funciones discursivas semejantes a las de la crónica. Es decir, “cronicaron” (valga la aún no sancionada verbalización del sustantivo):

desde sus inicios hasta mediados de los años ochenta del siglo XX, todo ha funcionado como crónica, no solo las crónicas propiamente dichas, sino también las novelas y poemas e incluso los ensayos [...] Y es que unas y otros siempre recogieron “la realidad”, aun si se pretendían “obra de imaginación”, “obra de análisis”, y con ello cumplieron el mismo objetivo y le dieron el mismo sentido de lo que se propone la crónica. (197)

Aunque colocada casi al final del libro, en el breve capítulo “De todo es crónica a nada es crónica”, se puede señalar que esta es su hipótesis central constituyendo, además, una importante propuesta de relectura de todo el corpus de dicha literatura nacional de manera transversal –trascendiendo distinciones genéricas–. La crónica y los demás géneros serían, así, sendos intentos de hacer una literatura de lo real y el realismo sería, en consecuencia, su principal clave de lectura.

En apoyo de esta idea fundamental de su ensayo, Sefchovich nos invita a comprender cómo los géneros literarios intentaron documentar la realidad y disciplinar la imaginación, lo cual no les permitió a sus autores inventar, fantasear

o futurizar. Como se puede constatar en la cita anterior, el énfasis crítico recae, precisamente, en la función discursiva y comunicativa. Por ello, cabría preguntar si más que la crónica como género, el objeto esencial del ensayo sería explorar lo que podríamos denominar la “función-crónica” o –para evitar la anfibología– la “función de la crónica”. A lo largo del libro, se encuentran afirmaciones claves en este sentido, por ejemplo: “Una crónica excepcional de la época, escrita por una mujer, son las *Memorias* de Concepción Lombardo de Miramón” (76); “las novelas que relataron desde la Conquista y la época colonial hasta la Independencia, las intervenciones, la restauración de la República y la Reforma [...] retrataron episodios de la vida nacional que sirven como crónicas de una época difícil y entonces poco conocida” (76-77); o “La crónica de la época se hace presente en los poemas, las novelas y los corridos que cuentan (cantan, dice Antonio Avitia Hernández) la historia [...]” (83). Así mismo, los grandes atributos de la crónica en México serían: “inventar a este país y a su gente hasta darle voz a quienes no la tienen; desde desenmascarar los discursos oficiales hasta visibilizar la realidad que no vemos; . . . desde inventar una nación y una identidad hasta darnos esperanza” (226). Por ello, la crónica se habría convertido en un discurso crucial ante las urgencias políticas y sociales nacionales.

La propuesta de Sefchovich interviene en un contexto internacional en que el interés académico en el género comienza a concordar con el del público lector en general. Así, el estudio de la crónica va en vías de superar su tradicionalmente exigua teorización. En la que ya se ha llamado “la era de la crónica” (Aguilar), los acercamientos a este y sus más destacados practicantes se han multiplicado. Y el interés crítico ya no es solo latinoamericano. Ocurre a ambos lados del Atlántico, aunque se observan ciertas diferencias de énfasis traducibles en preguntas fundamentales: el qué y cómo es frente al qué hace y para qué. Así, para algunos críticos, el estudio de la crónica y la literatura sin ficción (*non-fiction literature*) se predica sobre la delimitación epistémica de su escritura y el desentrañamiento de las propiedades de la llamada palabra facticia (Chillón). Se procede a partir de la convicción de que a cada género le corresponde una definición y determinados rasgos formales con sus respectivas operaciones discursivas ante su percibida impetuosidad: “La crónica es ahora el más impetuoso de los géneros” (Díaz).

En el ámbito latinoamericano, el concepto de crónica ha devenido mucho más elástico, lo mismo en la academia, que en los medios o el mercado editorial. Soslayando –aunque no necesariamente desestimando– cuestiones terminológicas o formales, el énfasis crítico ha recaído más en el examen de las funciones referenciales, retóricas y comunicativas de una escritura que supone la mezcla *ad libitum* de géneros como solución narrativa y, a la vez, petición de principio de la propia narrativa. No extraña que dicho énfasis revele continuidades o similitudes de prácticas en base a funciones discursivas, por sobre diferencias contextuales, incluyendo aquellas que tienen que ver con la recepción social del discurso. Más aún, al discurrirse sobre la escritura de aquellos autores abocados a representar las duras realidades del continente, se interpreta en ella un propósito que rebasa lo estrictamente literario, traspasando los límites y categorías establecidas de la palabra, como una especie de iconoclasia formal que aspirara,

en última instancia, no a representar o solo narrar, sino a cambiar la realidad que se denuncia y rechaza. Según el alegato de Caparrós en “Contra los cronistas” – uno de los autores citados por Sefchovich –, desde una zona “entrediscursos”, dicha escritura anfibia o híbrida (y más allá de la-hibridez-por-la-hibridez de su discurso) debiera de conllevar una intencionalidad contestataria o política: aspirar a la acción. En varios aspectos y argumentos, el ensayo de Sefchovich coincidiría con esa apelación al espíritu crítico del género.

En su organización estructural, *Vida y milagros...* abre y cierra con capítulos breves –seis en total– en los que la autora enfoca su objeto de estudio desde una diversidad de ángulos, sugiriendo conexiones con la filosofía del lenguaje, la epistemología de la ciencia, la historia cultural y el análisis y teoría de géneros discursivos. Los tres primeros representan un prolegómeno a partir de la pregunta esencial: ¿por qué la crónica? De hecho, esta da título al primer capítulo, dividido en siete secciones escritas a la manera de filosofemas o proposiciones lógicas, seguido por las ocho de “La crónica y las dudas”. La enunciación de las interrogantes sugerirá al investigador interesado una agenda heurística y múltiples rutas de análisis. Los capítulos aluden a la progresiva teorización del género. De ahí que el tercero se titule “La crónica y las certezas” articulado en un recorrido de quince secciones que narrativizan veintiséis enunciados, como el número diecinueve, el cual afirma: “Recoge, re-crea, re-construye y construye la realidad”. Por lo cual, en la décima sección se hace referencia a la ontología de la crónica: “[e]n tanto que producto cultural (texto, discurso, objeto, imagen, sonido, construcción, movimiento), que adquiere su condición y se constituye como tal a través del hecho de ‘parecer’ realidad” (45). Es, precisamente, en ese intento de capturar la realidad (“que recogió hechos sociales y políticos y dio fe de costumbres y personas en las situaciones en que se vivía cotidianamente” 198), como un imperativo narrativo que recorre la historia de la literatura en el país, que Sefchovich encuentra una de las razones para esa lectura transversal entre límites discursivos en “De todo es crónica a nada es crónica”. La hipótesis implícita aquí sería la afirmación de que, en la tradición literaria mexicana, “todo funciona como crónica” (215).

Los tres capítulos centrales, los más extensos, adquieren una cualidad dialógica al entreverar el hilo conductor de la narración con una citación frecuente. Abordan el recorrido de la crónica desde la época colonial y en los que la irónica prosopopeya del título se desarrolla como tal: el género como su propio personaje. El título alude también a la hagiografía, otro género de gran importancia en la cultura mexicana en el que, típicamente, se narran las andanzas, trances y portentos de personajes del santoral católico –oficial o no– y a quienes la religiosidad popular rinde ferviente culto. En ese modelo hagiográfico se historiza el género. Y, como todo ente “viviente”, así sea en el orden de lo simbólico, la crónica alcanza un desarrollo máximo o esplendor que la autora ubica en las últimas tres décadas del siglo veinte. Así, “Los años del esplendor”, en el título del capítulo respectivo, atestiguan la conversión de “la crónica en gran literatura y en gran influencia social” (109). Hay aquí un juicio crítico categórico al posicionarse ese periodo como baremo del género en el país: “Y todos, absolutamente todos,

convierten en literatura, en gran literatura, lo que es nuestra vida de todos los días, la vida de los mexicanos de hoy [...] Por eso llevaron al género a su esplendor, un esplendor que nunca antes se había alcanzado ni nunca después se volvió a alcanzar” (175). Por contraste, en “Los nuevos tiempos” la autora observa un ensimismamiento, un pesimismo, una mirada fragmentaria o superficial, una oscilación entre la multiforme violencia que atosiga al país y el yoísmo. Inclusive, la escritura adolecería de sofisticación y estilo: “la estructuración es simple, plana, el lenguaje directo y sin complicaciones. Esto llega tan lejos que se confunde una crónica con otra, un autor con otro, se diría que hasta son intercambiables” (192). Y al diagnóstico implícito, le sigue una implacable identificación de causas (“un desconocimiento tanto de la historia como de la teoría”) y una franca admonición (“antes de hacer crónica habría que ser intelectuales”). En consecuencia, la mayor problemática en la práctica actual del género sería esa carencia de intelectualismo o de reflexión. Sefchovich reconoce, sin embargo, que la nueva crónica tiene también méritos, como su honestidad, la capacidad de encontrar historias, haciendo el “retrato rápido de la realidad del país” y hasta el riesgo personal que implica contar esas historias.

Por su inevitable extensión y amplitud de cobertura, “La madre de todos los géneros” es la parte medular del libro. Consta de trece secciones organizadas cronológicamente desde la Crónica de Indias, incluyendo la de los indígenas aculturados y su visión intermundos en la *Crónica mexicáyotl*, la *Historia chichimeca*, las *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, hasta la que aborda temas contemporáneos como la migración y el narcotráfico. Hay en este capítulo toda una síntesis histórica y valiosas observaciones para una sociología de la literatura y para explicar cómo se ha conformado una tradición local de la crónica. Ahora bien, como se sabe, una parte de la crítica internacional se ha decantado por lo que podríamos llamar una teoría trascendente del género. Tal teoría priorizaría la continuidad por sobre las discontinuidades históricas –como las que marcarían el surgimiento del periodismo moderno o la transformación actual de la institución literaria– y la interpretación inmanentista del texto, por sobre el contexto de producción y recepción social o por la delimitación de tipologías y formaciones textuales. Soslayaría, un tanto, criterios de periodización para explicar cómo se ha sostenido una práctica cultural como auto-idéntica a sí misma, o una tradición escrituraria reconocida como tal. En el fondo, el problema no es nuevo en la historia literaria. Y el debate está lejos de agotarse. Ya en la década de los sesenta, uno de los fundadores de la teoría de la recepción, argumentaba que la historia de la literatura representaba un desafío a la teoría literaria y sus constructos. Con ello, Jauss invitaba a considerar la literatura no solo como un objeto, sino también como un evento. Un evento mediado por una experiencia de lectura –digamos– historizada o que ocurre en la historia. De lo cual se colige que diferentes periodos históricos conllevan diferentes expectativas y horizontes de lectura que inciden en la comprensión e interpretación de los textos. Aunque en todo momento se puede establecer analogías, se tendría que contar con una especie de campo unificado de la producción literaria a través del tiempo para sostener la valencia “transhistórica” del significado. La predicación de ciertas

intenciones, objetivos o funciones de textos se infiere siempre a partir de un determinado horizonte de comprensión o interpretación. Así como los modernos departamentos de literatura incluyen en el canon textos muy anteriores a la conformación del campo de lo literario, o por fuera de éste, en una lectura analógica que implícitamente transforma –por caso– un diario de navegación, una proclama, un manifiesto político en textos literarios o con un valor o interés literario. En torno al género, la polémica entre continuistas y contextualistas de seguro habrá de producir muchas más páginas y paneles de debate.

Con *Vida y milagros de la crónica en México*, Sara Sefchovich ha escrito un ensayo que, pensado en la difusión académica de su objeto de estudio, no habrá especialista interesada en el género en México que no lo consulte. Y por la cantidad de avenidas de análisis que sugiere, además de su considerable síntesis teórica e histórica, es fácil predecir que muchas de las investigaciones que se hagan en los próximos años tendrán como punto de partida alguna de las proposiciones, aseveraciones o interrogantes planteadas con sagacidad por la autora.

Ignacio Corona
corona.7@osu.edu
The Ohio State University

Aguilar Guzmán, Marcela. *La era de la crónica*. Ediciones UC, 2019.

Caparrós, Martín. "Contra los cronistas". *Antología de crónica latinoamericana actual*, editado por Darío Jaramillo Agudelo. Alfaguara, 2012, pp. 613-615.

Chillón, Albert. *La Palabra facticia. Literatura, periodismo y comunicación*. Universitat Autònoma de Barcelona, 2014.

Díaz Pérez, Eva. "La crónica es ahora el más impetuoso de los géneros". *Mercurio*, n° 181, mayo 2016. <http://mercurio.fundacionjmlara.es/ediciones/2016/mercurio-181/la-cronica-ahora-mas-impetuoso-los-generos/>.

Jauss, Hans Robert. *Toward an Aesthetic of Reception*. Traducido por Timothy Bahti, University of Minnesota Press, 1982.

Monsiváis, Carlos. *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*. Ediciones Era, 1980.

Reyes, Alfonso. *Obras Completas. Vol. XII*. 2da. Reimpresión. Fondo de Cultura Económica, 1997.